

ISIDRO FABELA ALFARO

Nació en Atlacomulco, Estado de México, el 29 de junio de 1882. Falleció en Cuernavaca en 1964.

Jurista, diplomático, internacionalista. Ocupó altos cargos en los gobiernos emanados de la Revolución, entre otros Ministro de Relaciones Exteriores.

Publicó: *La tristeza del amo* (1916); *Arengas revolucionarias, discursos y artículos políticos* (1916); *Los Estados Unidos contra la libertad* (1920); *Los precursores de la Diplomacia mexicana* (1926); *Belice* (1944); *La Doctrina Drago* (1946); *Votos internacionales; Por un mundo libre; Cartas al Presidente Cárdenas; Los Estados Unidos y la América Latina* (1955); *Las Doctrinas Monroe y Drago* (1957); *Mi gobierno en el Estado de México; Intervención* (1959); *Historia Diplomática de la Revolución Mexicana* (1958); *Antología del pensamiento universal* (1959); *Buena y mala vecindad* (1958); *Carta a mi hijo Daniel* (1951); *Epistolario a su discípulo Mario Colín* (1962); *Neutralidad; estudio histórico, jurídico y político; la sociedad de las naciones y el continente americano ante la guerra de 1939-1940; Neutralité* (1949); *Paladines de la libertad* (1958); *Pueblecito mío* (1958).

Amplios y muy diversos trabajos acerca de él y su obra, se encuentran en el libro: *Homenaje a Isidro Fabela*, 2 v. México, Universidad Nacional de México, 1959. Una completa bibliografía de este ciudadano insigne publicó Mario Colín, *Isidro Fabela, fichero biográfico*. Atlacomulco, Edo. de México, 1957, (Testimonios de Atlacomulco, No. 12); el mismo Mario Colín escribió la *Oración fúnebre por Isidro Fabela*, Atlacomulco, Edo. de México, 1964 (Testimonios de Atlacomulco, 19).

Fuente: Isidro Fabela Alfaro. *Arengas revolucionarias. Discursos y artículos políticos*. Madrid, Tipografía Artística, 1916. 139-[3] p. p. 39-47.

AQUILES SERDAN

Los mexicanos tuvimos todo bajo Porfirio Díaz, paz, prosperidad, mejoras materiales; todo, menos lo que da a todo eso un precio para el alma: la libertad.

Todos lo sabíamos, todos lo sentíamos y todos toleramos, sin embargo, la tiranía, de grado o por fuerza, porque la conciencia popular estaba aletargada en una vieja pesadilla de ilegalidad: unos recibiendo los beneficios de la alianza del

poder político con el monopolio económico, alianza engendradora de tiranías; otros, soportando medrosamente la voluntad única del César por espíritu de conservación; y los más, viviendo en la inconsciencia política por la inercia de la costumbre.

Para el resurgimiento de nuestra patria a la verdadera vida de los pueblos libres, era necesaria una causa determinante que, sacudiendo al pueblo, le hiciera suspirar con fuerza, y abrir ampliamente los ojos para mirar su oprobio y aquilatar su poder, y un redentor, un valiente, un héroe que supiera darle la razón de su disgusto, alentarle para la reconquista y conducirlo al triunfo con el sangriento pero legítimo derecho de las revoluciones.

La causa determinante fue el estupendo fraude electoral de 1910, y el hombre, Madero.

Y comenzó la gloriosa tragedia.

El grito redentor al viento, hizo brotar del pueblo los paladines entusiastas, caballeros andantes del patriotismo que se lanzaron al palenque de los ideales políticos con la buena fe de los honrados, la sinceridad de los buenos y el arrojo de los bravos.

Aquiles Serdán fue de los primeros.

Era como todos fuimos: ciudadano sin ciudadanía; pero llevando en su espíritu adelantado a la política de su tiempo, una fe de apóstol y una vivencia de profeta, que puso al servicio de la República en ocasión propicia, con el fin de reconquistar los derechos que soñaron darnos los constituyentes del año 57.

Cuando el iniciador Madero fundara en México el Centro Antirreeleccionista, Serdán, en Puebla, principió sus trabajos en consecución de ideales. Anhelaba lo que el "Centro" anhelaba: Libertad y Democracia; su labor fue activa y fructífera: logró el establecimiento de clubes de obreros en Puebla y Tlaxcala, que tuvieron por fin trabajar por la efectividad del sufragio en las elecciones de 1910. Su ilusión estaba informada de un amor a la Patria purísimo, que hizo palmario posteriormente con su abnegación en el sacrificio y su perseverancia siempre viva. La médula de su voluntad fue el altruismo; que un buen patriota ni siquiera piensa en las ventajas inmediatas, ni menos él, que jugaba la vida en la contienda, minuto a minuto.

Fue un intransigente en sus ideales políticos. No alcanzaba a comprender cómo se pensó en tolerar la presidencia de

Díaz, y sólo trabajar por la elección legal del vicepresidente, si el causante de nuestra atonía política era el propio Díaz.

En fecha de triunfo comenzó el éxodo terrible. ¡Y qué noble y hermosamente!

Cuando el 15 de septiembre de 1909 tres esbirros, armados solapadamente, le intimaron rendición por el delito de conducción al pueblo en las manifestaciones libertarias, con su dignidad atávica y su fuerte valor arrebató de las manos de los sicarios las armas que le amenazaban, y cuando los viles temían por sus vidas frente a frente del defensor de su honor, Aquiles levantó la voz de la misericordia y del orgullo: "No los mato, porque no soy cobarde como ustedes. Les basta su vergüenza."

Así comenzó el martirio y principió la gloria. ¡Imposible perdonar al osado el afán de ser libre, porque allí donde se iniciaba la independencia individual se engendraba la rebeldía!

Las persecuciones templaron su voluntad y acrecentaron su fe. No desmayó nunca ni con las penurias de su hogar, ni con las vigiliias de su santa madre, ni con el llanto de sus hijos.

Preocupábanle, sobre todo, los pesares de la Patria irredenta.

Se hizo un carácter.

Los ayunos y el escarnio lo agigantaron. El desprecio lo hacía misericordioso y el insulto lo tornaba bueno.

Cuando el calabozo le enfermaba el cuerpo, le arrebatava el aire, el sol y la luz, sus labios sonreían a la esposa mártir y el beso paternal floreció exquisitamente en su boca, porque el dolor está hecho para los desheredados, los escépticos y los débiles.

Aquiles era un fuerte como hombre y como apóstol.

¿Sufrió?

Tal vez, por los demás, que él quedaba pagado en felicidades con la conciencia absoluta del cumplimiento de su deber para sí mismo y para la Patria.

Cuando hubo sufrido la condena injusta del delito impuestto, creyeron muchos, creyeron todos, que Aquiles Serdán, doblando la cerviz, acataría la voluntad del César, poniendo su albedrío a los pies de la Dictadura.

Pero Aquiles perseveró. No temía ni a la ley ni a la violencia, porque creía en sí mismo como creyera en el pueblo.

Cuando Barra, el tamborcillo francés del ejército republicano, al dar de beber a sus caballos fue sorprendido por un pelotón de realistas, que rodeándole le intimaron: "¡Grita

viva el rey, o eres muerto!", el tamborcillo contestó: "¡Viva la República!", y fue acribillado por las balas del rey.

Así Aquiles, amenazado con la pérdida de la libertad y de la vida, cuando la potencia gubernamental le recordó los tormentos del presidio y la perspectiva de la muerte, dijo estas palabras que repetirán sus hijos con altivez: "Ahora, como nunca, trabajaré por la libertad".

Entonces el apóstol se convirtió en héroe. Y el pueblo, con asombro, admiración y respeto, pudo contemplar al indomable Aquiles al frente de una manifestación de hombres contra el pervertido gobierno, ejemplificando así a los ciudadanos con la elocuencia de su carácter: el valor, la primera de las elocuencias, según Lamartine. Fue la última protesta pacífica acordada con el candidato a la presidencia, señor Madero, para demostrar a la Patria de modo solemne y público la necesidad de la revolución y su justificación ante el mundo.

Las revoluciones empiezan por las palabras y acaban por la espada, decía Marat. Cumplida quedaba y maltrecha la misión noble de la palabra; la espada emprendería el respeto a la ley.

Una sola injusticia habría bastado para que existiera amenaza contra todos, y en México, donde la justicia era para unos cuantos, es decir, para ninguno, la amenaza se transformaba en atentado y contra los atentados de un mal gobierno existe siempre la defensa social; porque allí donde impera la justicia las armas son inútiles, pero donde existe el desconocimiento de la ley, la revolución se impone.

¡Qué osado, qué vigoroso, qué valiente, qué gran patriota fue Aquiles Serdán como revolucionario!

¡Y qué grande será en la historia nacional como mártir precursor de nuestra tercera independencia!

"La sangre de Serdán fue el bautismo de la revolución", ha dicho el mártir; sangre de héroe que salpicando al pueblo le hizo comprender que merecía venganza, sangre de redención, sangre de epopeya, sangre hermana de la vertida por aquel general Bertón de los famosos "Caballeros de la Libertad", enemigos de los Borbones, que subió al cadalso lanzando el grito de "¡Viva la libertad!"; sangre hermana de la de Hidalgo y de Morelos.

En la casa histórica, frente a la esposa viuda que sabe ser fuerte porque lleva incrustada en su pecho, con la mano prepotente de la historia, la gloria de su Aquiles; contemplando

con unción venerativa los tristes ojos de la viejecita, madre de héroes, que parecen ver entre los cristales de su llanto la soberbia actitud de sus hijos mártires, muriendo jóvenes por defender la libertad, para fraternizar con los dioses; y mirando jugar a los hijos de Aquiles, que no saben todavía que llevan en su frente un nombre inmortal, yo pienso con gravedad en cuanto debe la Patria a los trece mártires de la calle de Santa Clara, que después de pelear con bríos dignos de los Ilhuicamina o de los Asencios, quizás murieron con el más horrendo de los desencantos: el de creer inútil la ofrenda de sus vidas en la contienda libertadora.

Morir por la Patria con un rayo de esperanza en la conciencia, es sentir la belleza de la muerte. Pero morir como los "trece", con la certeza del martirio infructuoso, es llorar la tragedia de la vida.

Cuando Aquiles en un supremo desaliento se recargó en el piano exclamando lentamente: "Ya no sirve este rifle"; mientras las balas enemigas tornaban una casa en mansión legendaria, y la esposa nerviosamente le ofreció un nuevo rifle... "No, no es eso, contestó Aquiles con la gallarda nobleza de un nuevo Ocampo, es inútil matar a esos infelices, si la causa está perdida.

Levantó la frente blanca y atormentada, y pensando que hasta el último adalid había caído, entre ellos Máximo, ¡Máximo el temerario! el divino hermano que lo acompañara desde que el peligro le seguía, sus ojos heroicos se impregnaron de una tristeza inmensa, que parecía entrañar el dolor infinito de todo un pueblo irredento y vencido.

Frente al sepulcro de Aquiles Serdán, cubierto siempre de flores del pueblo que le quiere tanto, pensé en un pequeño monumento de piedras hacinadas sin armonía, olvidado allá en el fondo de Montparnasse, en París, y que tiene esta sencilla inscripción:

"Aquí reposan Tollerón, Carboneau y Pleguier, muertos por la libertad el 27 de julio de 1816."

Unos con el rifle aún humeante, otros en la guillotina, murieron aquellos famosos "Sargentos de la Rochela" que dieran su sangre por derrocar la tiranía de Luis XVIII.

Bories, el último en subir al cadalso, con inspiración de profeta lanzó a la multitud expectante que le veía en la sublimidad del martirio:

"¡No olvidéis que es nuestra sangre, la sangre del pueblo,

la que hoy se hace correr! ¡Recordad que es vuestra la venganza, y que la causa por la cual perecemos debe triunfar!”

Y así como la sangre de los sargentos de la Rochela fue vengada al derrumbarse fatídicamente en 1830 la corona del sucesor de Luis XVIII, así la sangre de Aquiles Serdán y de Máximo y de Carmen, la espartana gloriosa, no se vertieron inútilmente por la libertad y por el bien de la Patria; que cuando una causa es justa, como afirma Julio Simón, tarde o temprano triunfa. La de aquellos mártires llegó a la victoria que nuestro pueblo merece.